

para el pecado; sino para Dios, procurando inducirlo á la práctica del bien y apartarlo del mal. En sexto lugar debe ser universal; esto es, que debe comprender aun á los mismos enemigos. Nuestro Señor Jesucristo lo manda expresamente: Amad á vuestros enemigos, dice; haced bien á los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y calumnian". El mismo nos dio el ejemplo cuando oró por sus verdugos, diciendo: "Padre, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores"; ¿amamos de corazón á nuestros enemigos?; ¿lo hacemos siquiera con nuestros prójimos?; ¿tiene nuestro amor las cualidades del verdadero amor? Procuremos contestar á estas preguntas con nuestra buena conducta, para evitar que Dios nos las haga en su divino tribunal.

PUNTO III.—Considera el grande amor de María hacia todos los hombres. Los pecadores la interesan, porque es su abogada; los justos la preocupan, porque es su protectora; los hombres todos llaman su atención, porque es Madre de todos ellos. ¡Ojalá que tuviéramos para con nuestros prójimos una caridad semejante á la de María! ¡Ojalá que fuéramos todos una sola cosa, en el corazón de esta madre caritativa! Ella hace con nosotros todos los oficios de misericordia. Nos consuela cuando estamos afligidos, nos alegra cuando estamos tristes, nos visita cuando estamos solos, nos cura cuando enfermamos, nos resucita cuando morimos: ¡oh, qué amor tan especial, qué caridad tan perfecta! Procuremos imitarla, favoreciendo á nuestros hermanos en cuanto nos sea posible. Desterremos de nuestro corazón el egoísmo que enfría la caridad, y estemos en disposición de dar la vida, si fuese necesario en favor de nuestro prójimo. Abrigando este sentimiento seremos, en todo rigor, hijos de María.

XIV

MEDITACIÓN SOBRE LA HUMILDAD

PUNTO I.—Considera que el cristiano debe ser humilde como lo fue Nuestro Señor. El mismo quiere que lo imitemos en esta virtud. "Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón". La humildad consiste en el conocimiento de sí mismo; y como nosotros nada somos, nada podemos y nada valemos; debemos estimarnos en poco y tener de nosotros mismos un bajo concepto. Y ¿cómo me atreveré á ensoberbecerme yo miserable gusano de la tierra, cuando te veo á tí, Dios mío, humillado hasta sufrir una muerte ignominiosa? La humildad es premiada por Dios con un sinnúmero de bendiciones. La Escritura enseña que "la oración del humilde penetra las nubes"; que "Dios depone al poderoso y exalta al humilde"; que "resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes"; que "es preciso hacerse pequeño, para entrar al cielo". ¡Oh santa humildad!, ¡qué de prodigios haces en las almas que te poseen! Las levantas hasta el trono de Dios, de lo más profundo de su miseria; las pones en comunicación íntima con Él y las haces participantes de sus secretos. Por eso dijo Jesucristo, refiriéndose á los humildes: "te glorifico, Padre y Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos y las has descubierto á los párvulos" ¡Oh Jesús mío!, por la profunda humildad de que nos diste ejemplo, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz, concédenos esta preciosa virtud, para que, imitándoos en la tierra, os gocemos en el cielo.

PUNTO II.—Considera que, tanto en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia, tienes motivos pa-

ra ser humilde. ¿Qué eras antes de haber nacido? Absolutamente nada. Luego todo lo has recibido. La vida, la salud, el talento, los bienes de fortuna; todo, en una palabra, te ha sido dado por Dios. Y si todo lo has recibido, “¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?”, “¿de qué te enorgulleces polvo y ceniza?” Si del orden de la naturaleza nos elevamos al de la gracia ¡cuántos motivos de humillación se te presentan! Fíjate en la más pequeña de tus buenas obras. Por tí mismo no puedes practicarla, porque necesitas de la gracia que es un dón de Dios. La Escritura nos enseña que, sin el auxilio divino, no somos suficientes por nosotros mismos, para tener un pensamiento bueno, ni pronunciar siquiera el nombre de Jesús. Y el Apóstol dice que “Dios da el querer y el obrar de buena voluntad”. De esto se infiere que lo que hay de bueno en las acciones es debido al favor del Altísimo. Y ¡cuánto de malo no hay en ellas!: intención menos recta, fin poco cristiano, poca aplicación á la obra, distracción ó fastidio y otros defectos de esta especie ¿no vician siempre tus buenas obras? Y ¿cómo te glorificas de ellas, con menoscabo de la gloria de Dios? Arrepíentete de esta usurpación, y, humillándote en la presencia del Señor, dile de lo íntimo de tu alma: ¡Oh Dios de los humildes! arranca de mi corazón todo espíritu de soberbia ó vanagloria; hazme conocer mi nada y mi miseria, tu excelencia y tu grandeza, á fin de que, mirándome con desprecio, te honre, glorifique y alabe para siempre.

PUNTO III.—Considera la profunda humildad de la Virgen María, durante su peregrinación en la tierra. Dios le hace una embajada; el Angel la saluda llena de gracia; le anuncia el misterio que va á realizarse, y ella anonadada y confusa exclama: “Hé aquí la esclava del Señor”, á pesar de que era la Reina del cielo y de la tierra. Poco tiempo después se pone en camino para visitar á su prima Isabel; y ésta, al recibirla, llena de ad-

miración, dice: “¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?” Entonces María prorrumpe en alabanzas á Dios que ha obrado en ella tantas maravillas. Más tarde da á luz á su Hijo, y acude al templo para purificarse, según lo mandaba la ley. Y ¿de qué te vas á purificar Virgen inmaculada? No tiene de que purificarse, pero su humildad la hace cumplir esta ley, que en manera alguna la obligaba ¡Oh Virgen humildísima!, haz que practiquemos esta virtud los que nos gloriamos de ser tus devotos.

XV

MEDITACIÓN SOBRE LA PACIENCIA

PUNTO I.—Considera la necesidad de la paciencia para la vida espiritual. El hombre, durante su vida, está sujeto á multitud de penas y tribulaciones; al tiempo de sufrirlas experimenta una fuerte tristeza que turba su espíritu, resfría su voluntad y lo hace inhábil para la práctica de la virtud. La paciencia es el medio de combatir este mal. Esta virtud consiste en cierta igualdad de ánimo, que excluye la tristeza ocasionada por la presencia de la adversidad. Armados con ella, podemos merecer que se convierta en gozo nuestro sufrimiento. La tristeza es uno de los peores males en la vida del espíritu. Así lo enseña el Espíritu Santo: “La tristeza de este mundo engendra la muerte”; “la tristeza mata y no es útil para nada”. Procuremos, pues, ser pacientes á fin de no sufrir la tristeza y sus consecuencias. Tan inherentes son las tribulaciones á la vida cristiana, que el Apóstol no vacila en decir: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecución”. Persuadido de esta verdad nos ense-

ña que “la paciencia nos es necesaria, á fin de que, haciendo la voluntad de Dios, obtengamos los bienes que nos ha prometido”. En efecto, las tribulaciones sufridas con paciencia reprimen el orgullo de la carne y llevan el espíritu á la contemplación de las cosas divinas y de este modo pierde la carne lo que tenía de superfluo y adquiere el espíritu las virtudes de que carecía. El Apóstol Santiago, dirigiéndose á los cristianos, dice: “Bienaventurado el varón que sufre tentación, porque después que fuere probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que lo aman”. Esto quiere decir que no sólo debemos sufrir con paciencia las tribulaciones, sino recibirlas con alegría, porque son una prenda segura de dicha eterna.

PUNTO II.—Considera los medios que debes emplear para adquirir esta virtud. El primer medio es el pensamiento de su utilidad. O eres pecador, ó eres justo. Si lo primero, las tribulaciones son el bálsamo para curar la úlcera de tu pecado. Si lo segundo, son el crisol en que se prueba y depura tu virtud. El segundo medio es el ejemplo de Jesucristo, sufriendo por tu amor. El príncipe de los Apóstoles dirige á los cristianos estas memorables palabras: “Jesucristo ha sufrido por vosotros, dejándoos su ejemplo para que sigáis sus huellas”. Síguelas, pues, llevando con paciencia todos tus trabajos. El tercer medio es la certidumbre de la recompensa. El Apóstol enseña que “no hay comparación entre los sufrimientos de esta vida y la gloria futura”, y, que “las momentáneas y ligeras tribulaciones de aquí abajo nos preparan en el cielo una gloria eterna”. El cuarto medio es el pensamiento de la inevitable necesidad de sufrir. Aun suponiendo que Dios no premiara lo que sufrimos por su amor, deberíamos sufrir con paciencia. El sufrimiento es inevitable, porque estamos en un valle de lágrimas, y ¿no es mejor dulcificarlo con la paciencia, que hacerlo más intolerable, con la tristeza? Resuélvete,

pues, á ser paciente poniendo en práctica estos medios.

PUNTO III.—Considera la invicta paciencia de María en sus angustias y amarguras. Mírala en Belén rechazada por todos, sin un lugar en que pasar la noche; síguela á Egipto y contempla sus trabajos en este penosísimo viaje; acompáñala al Calvario y medita sus dolores al pie de la cruz. Siempre la encontrarás resignada y paciente; haciendo la voluntad de su Dios y Señor. Ella puede decir á todos los atribulados y afligidos: “Hijos míos, ved si hay algún dolor semejante á mi dolor”. Consolaos, pues, en vuestras penas, meditando las mías. Mi alma era un mar de amargura y, sin embargo, reinaba en ella la calma y la tranquilidad. Tened paciencia; esta vida termina pronto; y la felicidad que os espera no se acabará jamás. Alegráos de padecer, porque “Dios castiga á aquel que ama” á fin de purificarlo de sus defectos y hacerlo merecer más abundancia de gloria. Animo, pues, valor, almas atribuladas: venid á mí, que soy el consuelo de los afligidos, yo os aliviaré.

XVI

MEDITACIÓN SOBRE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

PUNTO I.—Considera que la conformidad con la voluntad de Dios consiste en querer lo que Dios quiere, quererlo como Dios lo quiere y quererlo porque Dios lo quiere. Querer lo que Dios quiere: he aquí el objeto de esta virtud. La voluntad de Dios es santa y perfectísima; siempre quiere lo que más nos conviene. Y ¿qué más podemos apetecer nosotros que unir nuestra voluntad imperfecta y voluble á la voluntad santa é inmutable de Dios? En esto ha consistido la felicidad de los

santos, y en esto consiste la dicha de los elegidos. Nuestro Señor Jesucristo se propone como modelo de esta virtud cuando, dirigiéndose á su Padre, exclama: "Que no se haga mi voluntad sino la tuya". Quererlo como Dios lo quiere: he aquí la regla de esta virtud. No basta querer lo que Dios quiere; es preciso, para que el sacrificio sea completo, querer el modo y las circunstancias. Regularmente no proceden así los cristianos. Si les sobreviene una enfermedad, se resignan á ella, es cierto, pero la quisieran menos grave ó menos larga; si los aflige una tribulación, la sufren con paciencia, es verdad, pero desearían que no viniese de tal persona, ó que no comprendiese el honor y dañase la reputación. Muy pocos son los que, á ejemplo de nuestro divino Maestro, le dicen á Dios cuando les presenta el cáliz de amargura: "Señor, que no sea como yo lo quiero, sino como tú lo quieres". Quererlo como Dios lo quiere: he aquí el motivo de esta virtud. La voluntad de Dios es la razón suprema de cuanto sucede; luego, conformarse con esta voluntad, por ella misma, es querer del modo más excelente posible. Aprendamos, pues, á exclamar, como nuestro divino Redentor: "Así es, Padre, porque así fue de tu agrado". ¡Oh Salvador nuestro, modelo perfecto de conformidad!, enséñanos á practicar esta virtud celestial.

PUNTO II.— Considera que la práctica de esta virtud es de mucha utilidad. La fe nos enseña que Dios vela sobre nosotros con gran solicitud. "Su voluntad poderosa es el escudo que nos protege". Conformádonos con ella, queremos para nosotros mismos el mayor bien que pudiéramos desear; ó ¿tenemos la necia presunción de creer que nuestro interés por nuestra felicidad es mayor que el que Dios tiene? Si Dios quisiera castigar nuestra temeridad y dejarnos de su mano ¡qué infelices seríamos! Su providencia ordena los acontecimientos, para que den por resultado nuestro bienestar natural

ó eterno. Nosotros debemos dejarla obrar, acatando sumisos sus designios sin atrevernos á murmurar sus disposiciones ó á enmendar sus decretos. José es vendido por sus hermanos y encadenado en una cárcel: ¿quién hubiera creído que estos trabajos le preparaban un trono? Saúl atribulado busca las bestias de carga que se le habían perdido y encuentra, como de paso, la corona real que ha de ceñir su frente en el trono de Israel. Manasés gime bajo el peso de sus cadenas; es privado de sus riquezas, de su corona y aun de su libertad, para ser conducido en cautiverio por el Rey de Babilonia, y en medio de tantos sufrimientos, invoca al Señor, hace penitencia y salva su alma. ¡Oh soberbia humana! humíllate, ante la sabiduría de Dios.

PUNTO III.— Considera la conformidad de María á la voluntad divina. Dios quiere que sea la Madre de su Unigénito, y, aunque su humildad se resiste, obedece gustosa sus mandatos. Dios quiere que dé á luz á su Hijo en un pobre pesebre, y ella llena de alegría acepta este trabajo. Dios quiere que sufra, al ver circuncidar á su Hijo, y ella se congratula porque puede ofrecer al Señor este pequeño martirio. Dios quiere que su corazón maternal se despedace de dolor, al presenciar la pasión y muerte de Jesús, y ella glorifica al Señor, en medio de sus aflicciones, porque se digna escogerla para ser víctima agradable á sus divinos ojos. ¡Oh María, la más afligida y la más resignada, entre todas las criaturas!, haz que nazca en nuestros corazones la santa conformidad, para que queriendo lo que Dios quiere, disfrutemos la paz del corazón y la tranquilidad del espíritu. ¡Oh Señora mía! no nos ueguéis esta gracia por vuestra grande resignación.

XVII

MEDITACIÓN SOBRE LA OBEDIENCIA

PUNTO I.—Considera que la virtud de la obediencia tiene tres grados, á saber: la prontitud, la simplicidad y la alegría. La primera condición de la obediencia es que sea pronta. No se trata aquí de la prontitud exterior solamente, sino de la disposición del ánimo á ejecutar lo ordenado, de buena voluntad. Si comienzas á impacientarte bajo el yugo de la obediencia, á criticar á tus superiores, á murmurar en tu corazón; no practicas un acto de virtud con tu obediencia exterior; sino que ocultas tu mala voluntad bajo un exterior virtuoso. Si quieres obedecer con prontitud, prepara tus ojos para ver, tus oídos para escuchar, tu lengua para hablar, tus manos para obrar; recógete en tí mismo, para acoger prontamente las órdenes del que te manda. Imita la conducta de los Apóstoles que todo lo dejaron y siguieron á Jesús en el instante mismo en que Jesús los llamó. El segundo grado es la simplicidad. El Apóstol nos enseña que obedezcamos con sencillez, por estas palabras: “Obedeced, en la simplicidad de vuestro corazón”. Esta simplicidad consiste en obedecer al superior, como al mismo Jesucristo, con la certidumbre de hacer su voluntad, sin examinar si es prudente ó nó, si procede con imparcialidad ó con pasión; en una palabra, en una santa ceguedad de espíritu á todo raciocinio humano, para no ver en la orden del superior sino la voluntad de Dios. El tercer grado es la alegría. La obediencia alegre es la más perfecta. Cuando se ha renunciado enteramente la propia voluntad; cuando el alma está unida á Dios con los lazos de una caridad perfecta; entonces se obedece con júbilo lo fácil y lo di-

fácil, lo que agrada y lo que molesta. De estos tres grados, sólo el primero es obligatorio, mas no se puede ser perfecto sin alcanzar los otros dos.

PUNTO II.—Considera los poderosos motivos que tienes para obedecer. En primer lugar, tu superior hace las veces de Dios. Así lo enseña San Pablo, cuando dice: “No hay potestad que no venga de Dios.....—El que resiste á la potestad resiste á la ordenación de Dios”; y resistir á Dios, según el mismo Apóstol, es atraerse la eterna condenación. En segundo lugar, el que obedece está libre de todo error. No se puede errar haciendo lo que Dios quiere; y no hay medio más seguro de hacer la voluntad de Dios, que obedecer al superior. Los que mandan tienen que dar cuenta á Dios de las acciones que sus súbditos practican por obediencia; no te cuides, pues, de si obras bien ó mal; obedece y no errarás. En tercer lugar, Jesucristo que es tu modelo, practicó esta virtud. Contéplalo, todavía niño, en la casa paterna, y lo verás sometido, en todo, á José y á María; síguelo en su predicación, y lo oirás decir: “No he venido á hacer mi voluntad, sino la de Aquél que me envió.” Medita su dolorosa pasión y comprenderás que “ha sido obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. ¡Oh Jesús obedientísimo!, hazme obediente como tú lo fuiste.

PUNTO III.—Considera que María ejerció esta virtud de un modo perfectísimo. En los primeros años de su vida, fue modelo de sumisión filial hacia sus padres, Joaquín y Ana. Consagrada al Señor en el templo, obedeció á los sacerdotes, como al mismo Dios. Desposada más tarde con el justo José, le fue sumisa como verdadera esposa. Por obedecer un edicto del César partió á Belén, haciendo un viaje penosísimo. Para cumplir lo prescrito por la ley, hizo circuncidar á su querido Hijo; fue al templo para purificarse, y presentó al anciano Simeón el fruto de su vientre. ¡Oh Virgen

obedientel, hasta ahora se ha resistido mi voluntad á la obediencia; mas, en adelante, quiero hacer la voluntad de Dios, obedeciendo á mis superiores. De tí espero, ¡oh Madre mía!, la gracia necesaria para renunciar á mi propio querer y estar sumiso á las órdenes que se me impongan. Tu ejemplo me acaba de resolver, ¡oh Virgen clementísima! Quiero imitarte confiado en tu protección.

XVIII

MEDITACIÓN SOBRE LA CASTIDAD

PUNTO I.—Considera que esta virtud es necesaria á todo cristiano, cualquiera que sea su estado y condición. “Bienaventurados los limpios de corazón, dice el Salvador, porque ellos verán á Dios”. Esto es: no sólo le verán con los ojos de la fe, sino como una visión particular que los hará dichosos y felices. Dios no se comunica sino á las almas puras; sólo en ellas derrama en abundancia sus gracias; para ellas solamente está reservado el reino de Dios, porque: “ninguna cosa manchada entrará jamás en el reino de los cielos”. Todos tenemos necesidad de salvarnos, y, sin esta virtud está cerrada para nosotros la puerta del paraíso. Aunque amontonáramos infinitos tesoros de gracia y merecimientos; aunque poseyésemos el dón de hacer milagros, todo lo perderíamos, perdiendo esta virtud; todas las flores del corazón se marchitan, si no las alumbró el sol de la pureza; todas las virtudes pierden su brillo si no las ilumina esta preciosa virtud. Nuestro Señor Jesucristo que permitió que lo calumniasen groseramente; que lo tratasen de embustero, impío, blasfemo; no consintió que sus enemigos atacasen su pureza; en tanto aprecio

la tenía. Si viene al mundo, quiere nacer de una virgen; y ama más, entre todos sus discípulos, á aquél que ha guardado la virginidad. ¡Oh Señor! yo me confundo en mi miseria, cuando pienso que mi cuerpo tantas veces profanado, es el templo del Espíritu Santo. ¡Oh Dios, mío!, no permitas que este pensamiento sirva para mi condenación; sino, antes bien, para mi salvación. Yo propongo, Señor, purificar mi alma y mi cuerpo, á fin de hacerme agradable á tu divina Majestad.

PUNTO II.—Considera que esta inestimable virtud es tan delicada, que exige de nosotros un sumo cuidado para no perderla. Tres medios tienes á tu disposición: la oración, la mortificación y la vigilancia. Por lo mismo que la pureza es una flor tan delicada que al menor soplo se marchita, necesitas estar prevenido contra los más leves peligros, y ¿cómo conseguirás la gracia necesaria si no la pides al Señor? Suplica, pues, humildemente á Dios, como el Profeta David, que cree en tí un corazón limpio, y que renueve en tus entrañas un espíritu recto. La castidad es una rosa purísima, que no mantiene su fragancia, sino entre las espinas de la mortificación. Es preciso castigar su cuerpo y reducirlo á servidumbre, como lo hacía el Apóstol san Pablo. El cuerpo es un criado soberbio, y es necesario humillarlo con el castigo, oprimirlo con el trabajo, para que esté sumiso y no se rebele contra el espíritu. La pureza es un lirio que no crece sino en los valles, y es preciso vigilarlo para que no lo roben los enemigos del campo. Velad, nos dice el Salvador, velad, para que no entréis en tentación. Si la tentación nos sorprende, estamos en peligro de caer; pero, si estamos en vela, es casi cierta la victoria. ¡Dios y Redentor mío!, ya conozco el mérito y la importancia de esta preciosa virtud, sé también que está rodeada de peligros; tú me has enseñado las precauciones que debo tomar para evitarlos; resuelto estoy á ponerlas en práctica. Sólo cuento con tu gracia,